

El Poeta D. Pedro de Lara

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si conveniente es la divulgación de la vida y obras de los astros de primera magnitud que Córdoba ostenta con legítimo orgullo como su más purísima gloria, y cuyos nombres no tengo que pronunciar, porque están en la mente de todos los que me escucháis, más que conveniente, necesario es el estudio y conocimiento de esas figuras modestas, pero también dignas de recordación, que en su tiempo consiguieron entusiasmos fervorosos y despertaron devotas admiraciones y que, por lo mismo que no les fué posible escalar las cumbres de la fama, están expuestas a perderse en la oscuridad y en el olvido.

Desde los más remotos horizontes es conocida la grandeza de los árboles gigantescos que en lo alto de las montañas unen el cielo con la tierra, desafiando y atrayendo al mismo tiempo las tempestades, pero la flor humilde, nacida en la frescura de los valles, guarda para el que la busca su belleza sencilla y la delicadeza de su aroma.

Y si de aquellos podemos decir, con sobrada justicia, que son nuestros, fuerza es reconocer que, al mismo tiempo, son de la humanidad entera, porque la universalidad es el soberano acierto del genio. Y en cambio, éstos, los humildes, los que apenas lograron traspasar con su renombre los términos de la Provincia, deben a veces su limitación a ser intérpretes de las notas diferenciales y características de nuestro espíritu, cualidad que los hace verdaderamente nuestros y nos impone el deber de honrar sus nombres, conocer sus vidas y estudiar sus obras.

Digno de perpétua memoria, porque su inspiración aportó valioso caudal al tesoro literario de nuestra Provincia, es el poeta don Pedro de Lara y Pedrajas, de quien voy a ocuparme en este trabajo.

Todos los que lo conocieron (y hay algunos entre los que me escuchan) lo recordarán siempre, pues su persona, de acusada originalidad, fué de las que con dificultad se olvidan.

La naturaleza, no le había adornado física ni moralmente, de facultades ni de virtudes ostentosas y brillantes, pero en cambio poseía, y en alto grado, las más verdaderas y preciosas, que suelen ocultarse, y por eso pasan inadvertidas para la generalidad.

Aquel señor apacible y sonriente, más bien bajo que alto, de cara marfileña, sonrosada a veces, con la puntiaguda barbita blanca, que todavía se acordaba de haber sido rubia, tímido como una colegiala, era, desde el instante que se le conocía, de irresistible atracción.

Junto a la muchedumbre de hombres sueltos de ademanes, de voz recia y juicios definitivos, prontos a la réplica, de basta y superficial cortesía, que andan y se mueven en plena posesión de sí mismos, resultaba D. Pedro una figura poco airosa.

Su timidez, le impedía tomar posesión con plenitud del asiento que ocupaba. Su voz suave, levemente irónica, temblaba, ruborizándose al sonar en el silencio de sus oyentes, para formular una indicación o alguna réplica modesta. Hasta la capa española, esa prenda airosa en otros hombros y que terciada con soltura presta arrogancia y gentileza al busto, era en D. Pedro, que con ella se hacía un ovillo, como el manto que ocultaba la modestia de su persona, tapándose el rostro con el embozo que después se escurría desmayado por la espalda.

Y es que D. Pedro, fué tan sólo flor de intimidad. Para sus amigos, se abría, siempre un poco ruborizado, su espíritu culto y fino, ávido de enriquecerse con nuevos estudios, aunque quizá poco dispuesto a dejarse convencer por sistemas o por formas diferentes a las que de antiguo había aceptado.

Lo excesivo, lo enorme, hasta lo grande, estaban fuera del campo de sus facultades y de su palabra, más sensible al encanto de las emociones humildes que a la fascinación admirativa de lo extraordinario.

Y éllo radicaba en lo más profundo de su manera de ser. Fué D. Pedro, en cierto sentido, como el capullo de sí mismo, sin llegar a desenvolverse con plenitud. Las penas, las estrecheces, las amarguras de la vida, sí las conocía por entero, pero de sus placeres, sólo tomó pequeñísima parte y con ella se daba por satisfecho y los recordaba siempre con beatífica delectación. Pasear por el campo en apacible tarde de primavera; beber a sorbos el agua fresca en los días calurosos del estío; mojar los labios en la copa de oloroso Montilla; pizar, menos que un pájaro, de los platos de sencilla comida; seguir sonriente la marcha gentil de la mujer hermosa, contemplándola, parado en la calle, a través de los quevedos que sos-

tenía en la mano a guisa de impertinentes... ¡Ese era el campo de sus placeres! La mirada amorosa o el beso de la mujer amada, colmaban en la realidad su posibilidad receptiva de impresiones y llenaban y endulzaban con su recuerdo glorioso largos años de estrecheces y amarguras.

Y no es que D. Pedro ignorase o censurase en los demás la mayor capacidad para los placeres. Es que su naturaleza y su espíritu, extraordinariamente delicados, encontraban aquietamiento y bienestar en lo que para otros es sólo fuente de incentivos y de deseos.

La dirección de la vida moderna, en constante persecución de sensaciones nuevas y raras; de caprichos extraños, lujosos y caros principalmente; de impresiones violentas o quintaesenciadas; todo éso que acaso alegre y sirva para entretener la vida, pero que, a la vez la complica y la dificulta, carecía de sentido para este hombre, al que el aroma de una rosa, el vuelo de una golondrina o la media lengua de un niño, hacían sonreír de felicidad.

De ahí, acaso, su actitud burlona, para el afanar constante, para el ambicionar sin medida, para el inmoderado deseo de vanidades. El espectáculo de lo falso y ostentoso, producía repugnancia a su alma clara y sencilla.

Amplio y comprensivo para las flaquezas humanas, sentíase en el fondo intransigente con la feria de mentiras que constituyen el ambiente social. Ante ella, un poco escandalizado por el impudor triunfante, no tenía más protesta que su sonrisa, aquella sonrisa benévola, dulce y quizá algo irónica, pero limpia de hiel, por la que resbalaban, sin herirle, los odios y las envidias de los demás, odios y envidias que despiertan hasta los hombres que son tan buenos y tan sinceramente modestos como él.

Su característica principal fué la delicadeza y la dulzura, en las que envolvía, escondiéndola de cuantos lo trataban y quizá de él mismo, la energía indomable de su carácter, esa energía de los tímidos que suele ser invencible y que, en momento determinado, adquiere fuerza arrolladora, por lo mismo que es inesperada.

Observándole atentamente, cuando se entregaba al más grande de sus placeres, a conversar con los amigos (aún lo recuerdo yo en su despacho de la biblioteca del Círculo de la Amistad) podían advertirse inequívocas señales de ello. Los argumentos que rebatían los suyos; la nueva teoría con la que no estaba conforme; no producían por el pronto en D. Pedro otro comentario que su sonrisa acogedora. Después, cuando más desprevenido se encontraba su interlocutor, volvía él suavemente sobre el tema:

«Decía V. antes...» Y repetía, refutándolas una por una, las hasta entonces no contestadas razones. Y así siempre, tardando, a veces, muchos días en formular la réplica.

Poseyó, D. Pedro, profundos conocimientos filosóficos y literarios, producto de sus continuadas lecturas.

Fué ferviente admirador de la elegancia y de la claridad francesas, y para saborear originales las obras de sus autores predilectos, consiguió, sin otros maestros que los libros, dominar tan cumplidamente ese idioma, que leía los escritores más difíciles, sin escapársele el sentido de retorcimientos, matices y sutilezas.

Y era delicioso escucharle traducir de corrido, con tanta naturalidad, que en sus labios encontraban palabras la gracia alada y la fina travesura puramente francesas.

Más lo que hace a D. Pedro digno de ser conocido y estudiado, lo que refleja, como un espejo, el tesoro de bondad que guardaba su corazón y la extraordinaria delicadeza y dulzura de su espíritu, es su obra poética y particularmente sus sonetos, verdaderas joyas cinceladas de sencilla y severa elegancia.

Pero antes de hablar de sus obras, quiero dejar consignadas las brevísimas notas que poseo acerca de su vida.

Nació D. Pedro en Montoro, de una familia de labradores, el 1.º de Enero de 1858.

Cursó en Córdoba varios años del Bachillerato, pero habiéndole sobrevenido cierta enfermedad nerviosa, tuvo que apartarse de todo trabajo intelectual, por prescripción facultativa.

No obstante estas prohibiciones, pronto se entregó con entusiasmo al estudio de la filosofía y la literatura, y siendo todavía un niño aparecieron sus primeras poesías en nuestros periódicos.

En 1882 publicó el tomo de poesías titulado *Los Primeros Cantos*, que fué recibido con aplausos por la crítica, y del que, años más tarde, un ilustre poeta de Córdoba, el malogrado Enrique Redel, había de decir: «en las páginas de ese libro veía yo las cosas de la vida como al través de una neblina misteriosa, floridas rejas en noche de luna, sombras de cipreses y siluetas de campanario; en esas páginas todo inspiraba melancolía, y el alma, sin darse cuenta, entre notas de órgano y rezo de monjes y rumor de hojas secas, evocando recuerdos no lejanos, parecía transportarse a las regiones de la leyenda y del misterio».

Desde 1884 a 1887, residió en Madrid, empleado en el Ministerio de

la Gobernación. Estos fueron los años venturosos de su vida. Allí cultivó la amistad de muchas de las principales figuras literarias, concurrió a las bibliotecas, escuchó conferencias y aprovechó, en una palabra, cuantas ocasiones se le presentaron de enriquecer su espíritu.

Por esta época, formó parte de la redacción de *La Tribuna*, que dirigía el ilustre hombre público y elocuente orador don Rafael María de Labra.

Ni que decir tiene, que en la Corte continuó componiendo y publicando sus poesías, a las que Salvador Rueda, con quien tuvo íntima amistad, dedicó en la prensa los mayores elogios.

Y cuando más fundados eran sus entusiasmos y esperanzas, aparece otra vez la siniestra enfermedad, que le fué cortando todos los caminos y cerrándole todos los horizontes.

En su consecuencia, tuvo que regresar a Montoro para vigorizar su sistema nervioso con la tranquila vida del campo.

Tenía entonces treinta años, y los veinte y siete siguientes, hasta su fallecimiento, que ocurrió en el de 1914, los pasó principalmente en Córdoba, haciendo vida modestísima y muy retirada.

También aquí, frecuentó las bibliotecas y el trato de los hombres más eminentes de nuestra ciudad, entre los que, por entonces, descollaba, ya anciano, don Francisco de Borja Pavón.

A su tertulia concurrió D. Pedro. En ella, leyó sus versos, que merecieron calurosos plácemes, y tuvo ocasión de escuchar muchas veces la docta palabra de aquel selecto ingenio, glorioso patriarca de las letras cordobesas, de cuya sabiduría, donaire y elegancia, fué devoto admirador hasta los últimos días de su vida.

Tradujo para la prensa, con notable acierto, multitud de cuentos franceses, y escribió innumerables artículos sobre temas diversos.

Sus poesías, publicadas en los periódicos locales, diéronle fama de exquisito poeta, y algunas fueron premiadas en diversos certámenes.

En 1908, recogió en el libro *Cantos de un Poeta*, prologado (1) por Enrique Redel, la mayor parte de las composiciones que andaban dispersas en diferentes publicaciones.

Escuchad algo de lo que el prologuista escribió con respecto a este libro: «...Sus sonetos son admirables por su rotundidad, por su pompa es-

(1) Por cierto que en este prologo y referente a ciertos pormenores de la vida de D. Pedro, he encontrado ligeras diferencias con mis informes, que me fueron facilitados por el notable escritor, hermano de nuestro poeta, don Antonio de Lara.

»pontánea y por la impresión que dejan; pero... en igual caso están las
»demás composiciones, por lo cual más bien se viene a deducir que el autor
»es gran poeta...»

Las poesías posteriores a 1908, escritas en su mayor parte con ocasión de fiestas literarias o dedicadas a personas de su aprecio, esperan la mano piadosa que las recoja de los periódicos en que vieron la luz o de los autógrafos que muchos cordobeses conservan, y las reuna en un tomo que guarde para la posteridad, con los dos ya publicados, la obra íntegra de este poeta.

En los últimos años de su vida desempeñó el cargo de bibliotecario del Círculo de la Amistad.

A su despacho de la Biblioteca acudimos sus amigos, y en estas gratas tectulías mantenidas en voz baja para no distraer a los escasos lectores del salón inmediato, brillaban, próximas ya a extinguirse, para siempre, las luces de aquella inteligencia original, de aquel corazón extremadamente bondadoso, de aquella sensibilidad exquisita.

Pero hora es ya de que sus versos sean confirmación de mis palabras. Ellos acertarán a convenceros de que mi admiración no es hija del cariño que le profesaba, porque fué un gran poeta que supo describir maravillosamente los más variados sentimientos, si bien su característica fué la ternura y la delicadeza.

En el siguiente soneto, hay trozos de vigorosa energía:

A V A R I C I A

Está en el lecho del dolor postrado,
Y, aunque se encuentra ya tan abatido,
Con la huesosa mano tiene asido
El repleto talego idolatrado.

Una nueva desgracia le han contado
Y una humilde limosna le han pedido;
Y tampoco esta vez se ha conmovido
Su corazón, de estiércol atestado.

Por fin llega la Muerte a su aposento:
Entra y, vagando con su paso lento,
En torno del avaro da una vuelta:

Este, convulso, su tesoro agarra,
Y ella, al clavarle la temible garra,
Le dice quedo y socarrona:—¡Suelta...!

Véase en éstos, como describe de modo insuperable:

SEMBLANZA

Ved su talle flexible y elegante,
Su pupila azulada y soñadora,
La curva de su pecho tentadora,
Su blanco cuello de marfil radiante.

La dulce paz que reina en su semblante,
Que con pálidas tintas se colora,
Sus rojos labios que besó la Aurora...
Y aplaudiréis que sus bellezas cante.

Ved en su boca breve y hechicera
Sus dientes, que son perlas y granizos,
Preciosas joyas que el amor venera.

Y añadid a tan mágicos hechizos
La espléndida y dorada cabellera
Que se desata en luminosos rizos.

EL POTRO CORDOBÉS

De finos miembros, de gentil figura,
De airosa crín y de soberbia alzada,
De valiente pupila dilatada,
Dónde el sol andaluz arde y fulgura.

Ostenta con orgullo la montura,
Y dócil, por la senda señalada,
Con entusiasmo emprende la jornada,
Que nunca es para él larga ni dura.

En la alegre y brillante romería,
Del picadero en los amenos lances,
Arrastrando un landó por ancha vía,

De la batalla en los terribles trances,
Aún luce la pujanza y gallardía
Cantadas en los clásicos romances.

VIDA NUEVA

Estás casi en mujer ya transformada:
Es otro el timbre de tu voz, ameno;
Hay mayores encantos en tu seno;
Mucha más expresión en tu mirada.



La sangre por tus venas dilatada
 Trueca en torrente su raudal sereno,
 Y afluye al corazón, de vida lleno,
 Por invisibles fuerzas impulsada.

Te halagan con halago misterioso
 Sensaciones ayer desconocidas;
 Y van dando contorno más hermoso

A tus mórbidas formas escondidas,
 De tu perfil flexible y vigoroso
 Las líneas elegantes y atrevidas.

Acaso, el más perfecto de todos, verdadero prodigio de técnica y de elegante delicadeza, sea el que titula

D I A M A N T E

De las piedras preciosas la más bella,
 Deja que ufano con placer te elija
 Para engarzarte a la gentil sortija
 Que será humilde ofrenda para ella.

Sé de mi amada la propicia estrella,
 Que cualquiera amargura que la aflija
 Calme amorosa si sus ojos fija
 En el fulgor que tu cristal destella.

Cuando en la noche y en la reja oscura
 Sus lindos dedos a mis labios llevé
 En felices instantes de ternura,

Tú alumbrarás, diamante, con tu leve
 Fosforescencia misteriosa y pura
 Su blanca mano de marfil y nieve!

El siguiente, ostenta la brillantez y la elocuencia propias del asunto:

C O R D O B A

Al notable jurisconsulto y orador
 don Manuel Enriquez Barrios.

Ciudad patricia cuando fué romana,
 Delicia de la Bética riente,
 Y esplendorosa Atenas de Occidente
 Cuando brillante corte musulmana.

¿Cuál tiene una campiña más lozana,
Una sierra más bella y floreciente,
Un cielo más azul y transparente...!
¿Cuál con tan altos timbres se engalana...!

Todo pregona de su historia el brillo:
Y hasta evocan ocultas por la yedra
O bajo el polvo denso y amarillo,

Un recuerdo glorioso cada piedra
En este edén donde pintó Castillo,
Nació Morales y cantó Saavedra.

Ved, cómo pinta la naturaleza después de la lluvia:

POST NUBILA

Huyó la tempestad con sus horrores;
Del ronco trueno se apagó el ruido,
Y siguen su concierto interrumpido
En la selva los pájaros cantores.

Tornan de Abril las perfumadas flores
A levantar su cáliz abatido,
Y muestra el iris de la paz, tendido,
Sus círculos de espléndidos colores.

De nuevo heridas por el sol brillante,
Las ramas de los árboles, frondosas,
Lucen más vivo su verdor radiante.

Y desprenden, vibrando rumorosas
Al blando soplo de la brisa errante,
Fresca lluvia de perlas luminosas.

Y cómo, igual que las del mundo externo, sabe describir las tempestades del alma:

CELOS

¿Por qué no escuchas mi sentido canto!
¿Por qué lágrimas viertes de amargura
Si de mi ardiente amor estás segura,
Si sabes, Celia, que te adora tanto!

Cese, bien mío, tu angustioso llanto:
Alza tu frente nacarada y pura,
Y déjame gozar de tu hermosura
El inefable y misterioso encanto!

De tus ojos, soñadas maravillas,
Las cristalinas luminosas perlas
Que ruedan por tus pálidas mejillas,

¡Ay! Debieran los ángeles, al verlas,
Postrados a tus plantas de rodillas.
En cálices de oro recogerlas!

El poema *El Último Amor*, consta de ocho sonetos que son acaso la expresión más alta de la ternura y de la delicadeza de nuestro poeta. Hay en él palpitations y amarguras tan hondas y tan hermosamente expresadas y tal grandeza de sentimientos, que puede considerarse, sin exageración, digno de figurar entre las obras de nuestros grandes líricos.

EL ÚLTIMO AMOR

I

DESPEDIDA

¡Adios, Leocadia, adios. Sigue el camino
Que no propicia te ofreció la suerte;
Y compadece a aquel que, ¡ay! al perderte,
Tan rudo golpe descargó el destino!

Por escondida senda peregrino,
Jamás mis ojos tornarán a verte,
Astro radioso que apacible vierte
En otros cielos su esplendor divino!

¡Pronto no habrá sino cenizas frías
De aquellos ardentísimos excesos
Que fueron tus venturas y las mías...!

¡Mas sé que aún llevas en el alma impresos,
Como recuerdos de mejores días,
Mis canciones, mis cartas y mis besos!

II

EL PARQUE

A la luz del crepúsculo dudoso,
Que lo baña en dorados resplandores,
Miro el parque gentil, lleno de flores,
Que fuera un tiempo nuestro edén hermoso!

Silba en la verja el vendaval medroso;
Y parece decirme en sus rumores
Que para siempre huyeron los amores
De su recinto augusto y misterioso!

¡Cansado el sol en el Poniente arde...
Declina melancólica la tarde...
Y siento que redoblan mis angustias,

De la ancha fuente los perdidos ecos,
Las viejas tapias, los verdores secos,
Las aves tristes y las flores mustias...!

III

TU RETRATO

Me lo entregaste trémula y callada
De tu partida en el fatal momento:
Lo recibí turbado y sin aliento
Como una cosa para mí sagrada!

Del no aparto un instante la mirada;
Mas cuando impulsos de besarlo siento,
Lo retiro con hondo sentimiento
Por no empañar la imagen adorada!

Aun así no contemplo luminosa
Esa faz celestial, mi dulce encanto,
A través de mis lágrimas borrosa...!

Y tú, Leocadia, a quien adoro tanto,
No vendrás compasiva y amorosa
Con tu cariño a restañar mi llanto!

IV

CONSUELO

Ya que nada mi espíritu recrea,
Sumido en melancólica amargura,
Como deidad de mis ensueños pura
Dejadme que la invoque y que la vea!

Que en sus pupilas adoradas lea
La efusión, como ayer, de su ternura,
Y que su clara lumbre y hermosura
Consuelo dulce a mis pesares sea...!

¡Dejad que doble la abatida frente
Y que mire cruzar, indiferente,
Del mar del mundo las turbadas olas...

Y, en el rincón de mi retiro oculto,
Que me consagre a su divino culto
Con mi amargura y su recuerdo a solas!

V

VELADAS

Del hogar en las íntimas veladas
Y al rumor de la lluvia en los balcones;
Evocando quimeras y emociones
Entre el bullicio mundanal borradas,

¡Cuántas veces, las manos enlazadas
Y enlazados también los corazones,
Forjamos las más locas ilusiones,
Por dicha luego en realidad trocadas!

¡Y cuántas, sobre el libro reclinados,
Disfrutamos dulcísimos instantes
Recorriendo a la par y entusiasmados,

(Del culto ingenio y de lo bello amantes)
De Maupassánt los cuentos inspirados
Y de Gautiér las páginas brillantes!

VI

ÍNTIMA

¡Hoy que buscando en la amistad consuelo,
Como otras veces tu amistad invoco,
Me dices, Carlos, que me juzgas loco
Y que refrene a mí locura el vuelo!

¡Que no descorra del pasado el velo;
Que cuando el fin de mis lamentos toco
Por la que acaso mereció tan poco
Este profundo y prolongado duelo!

¡Sé para mí tan bondadoso amigo;
Mas nunca intentes ofender a aquella
Que compartió mi corazón contigo!

¡Borra tus dudas y tus labios sella:

Porque tanto la quise, que bendigo
Hasta el dolor que padecí por ella...!

VII

SACRIFICIO

¡Sí: será sacrificio sobrehumano
Arrojar a esas llamas silenciosas
Sus cartas, las memorias más hermosas
De aquel tiempo feliz, aún no lejano!

¡Convertir en cenizas y humo vano
Aquellas escrituras amorosas
Donde tan bellas y sentidas cosas
Dictó su pecho y trasladó su mano!

¡Oh dulces cartas con pasión leídas,
Y con tanto cariño conservadas,
Y con tanto dolor ¡ay! ya perdidas!

¡Recuerdos de su amor, letras sagradas,
Ya fuísteis por el fuego consumidas
Y no sereis por nadie profanadas!

VIII

PLEGARIA

¡Señor, vela por ella. Aunque delira
A veces loca de dolor mi mente,
Yo no puedo olvidar que tiernamente
La amó mi pecho y la cantó mi lira!

¡Confórtala si lánguida suspira
A la memoria de la patria ausente,
Cuyo amoroso y perfumado ambiente
A mi lado feliz ya no respira...!

¡No marchites la flor de su belleza,
Dale el don de cristiana fortaleza,
La reflexión que las pasiones calma...

Yo, para ser de tus mercedes digno,
A mi grande infortunio me resigno
Y alzo a la altura del dolor el alma!

Voy a terminar las lecturas con la poesía *Gracias*, cuya sencillez sabe llegar al alma, y demuestra, como dice Redel, que don Pedro acertaba, no sólo en los sonetos, sino en toda clase de composiciones:

GRACIAS

Me ha sido, Emilia, muy grata,
Y guardo, como un tesoro,
Tu medallita de oro
Con su cadena de plata.

Medallita que me ofreces
Como prueba de cariño,
Y he besado muchas veces
Con la sencillez de un niño.

Esa joya venerada,
(Dios perdone mis agravios)
Es doblemente sagrada,
Pues la han tocado tus labios.

Ante esa imagen prometo
Elevar mis oraciones:
Esa Virgen será objeto
De todas mis devociones.

En perfumada pradera,
Cual modesto relicario,
Del Bétis por la ribera
Recuerdo tu santuario

Entre huertas y olivares,
Y mis plegarias sencillas
Al pie de aquellos altares
Con mi madre de rodillas.

¡Cuantas veces nos reunimos
Ante la imagen hermosa,
Y cuantas veces bebimos
En la fuente milagrosa!

¡Claro río, azules montes,
Entretejidos ramajes,
Espléndidos horizontes
Y luminosos paisajes...!

¡Madre, que entre amargas penas
Por mi pensamiento cruzas...!
¡Serenatas y verbenas
De mis noches andaluzas...!

Esa imagen, dulce Emilia,

Despierta en mi corazón
Recuerdos de la familia,
La patria y la religión!

Por eso me fué tan grata,
Y guardo como un tesoro,
Tu medallita de oro
Con su cadena de plata.

Un detenido análisis de su obra total o la lectura de cuantas composiciones de nuestro poeta merecen ser conocidas, dilatarían mucho esta conferencia. Juzgo preferible darla aquí por terminada, seguro como estoy de que con lo dicho, hay elementos bastantes para despertar, en los que no lo conocieron, el deseo de su estudio; en los que tuvieron la fortuna de tratarlo, los recuerdos que diez y nueve años de ausencia definitiva habrán comenzado ya a desvanecer; y en todos el anhelo de rendir tributo de justicia y de amor a la memoria del sabio modesto y bueno, del poeta de la sencillez y la ternura.

La tragedia de su muerte, que conmovió a Córdoba entera, requiere algún comentario, porque confirma ciertos aspectos de su carácter y arroja vivísima luz sobre su vida.

Como antecedentes, es necesario advertir que don Pedro residía en nuestra capital con dos hermanas suyas, una de las cuales falleció tres o cuatro años antes que el poeta, quedando éste, por tanto, al cuidado de la otra, a la que, por cierto, retenía en cama, desde quince o veinte años atrás, cierta enfermedad nerviosa.

Al finalizar el verano de 1914, creyose D. Pedro enfermo de gravedad y, aunque cuantos médicos lo reconocieron aseguraron que su mal carecía de importancia, desde entonces, la preocupación de los dos hermanos giró alrededor del caso, para ellos muy probable, de la próxima muerte de él y del desamparo y abandono en que ella quedaría.

En el estudio de este problema, llegaron a intervenir, a instancias suyas, algunos de sus más íntimos, buscando y encontrado diversas soluciones, pero entonces, según todos los datos, ella hubo de expresar a D. Pedro su verdadero deseo: morir antes que él, pues la vida, siempre en el lecho, sin los consuelos que le proporcionaba su hermano, única persona de quien se dejaba ver, era más triste y más dura que la muerte...

Algunos meses antes, había circulado por la prensa española, la noticia de un hecho que consiguió impresionar hondamente a los que meditaron algo sobre el mismo. Una madre, fervorosa cristiana, obsesionada por

el porvenir espiritual de sus dos únicos hijos, niños de pocos años, temerosa de que la vida los malease y pudieran ser en su día condenados al infierno, queriendo morir tranquila y segura de su salvación, se decidió a matarlos, suicidándose después, convencida de conseguir para ellos la gloria eterna, a costa de su propia y eterna perdición.

¿Fanatismo? ¿Locura...? Lo que queráis, pero este acto, partiendo de premisas para ella ciertas, es de lógica tan certera, que el espíritu duda si se encuentra ante la más grande de las locuras o la más insuperable de las heroicidades.

Y volviendo al caso de D. Pedro, debo deciros, que cuando el 5 de Diciembre de 1914, lo ví de rodillas, abatido su cuerpo inerte sobre la cama de su hermana, muerta también, y pude conocer los piadosos cuidados que rodearon el hecho, convirtiéndolo para ella en tránsito tan voluntario como inesperado, al mismo tiempo que la pena más honda, sentí en lo profundo de mi alma, que a falta de otras virtudes tiene la suficiente humildad para no erigirse nunca en juez de los actos ajenos, una voz que me decía que allí, entre pavorosos problemas morales, religiosos y científicos, había también la generosidad, la bondad, la abnegación y la ternura que rebosaron siempre en los versos y en la vida del desgraciado poeta.

BENIGNO ÍÑIGUEZ.

6-V-1933.